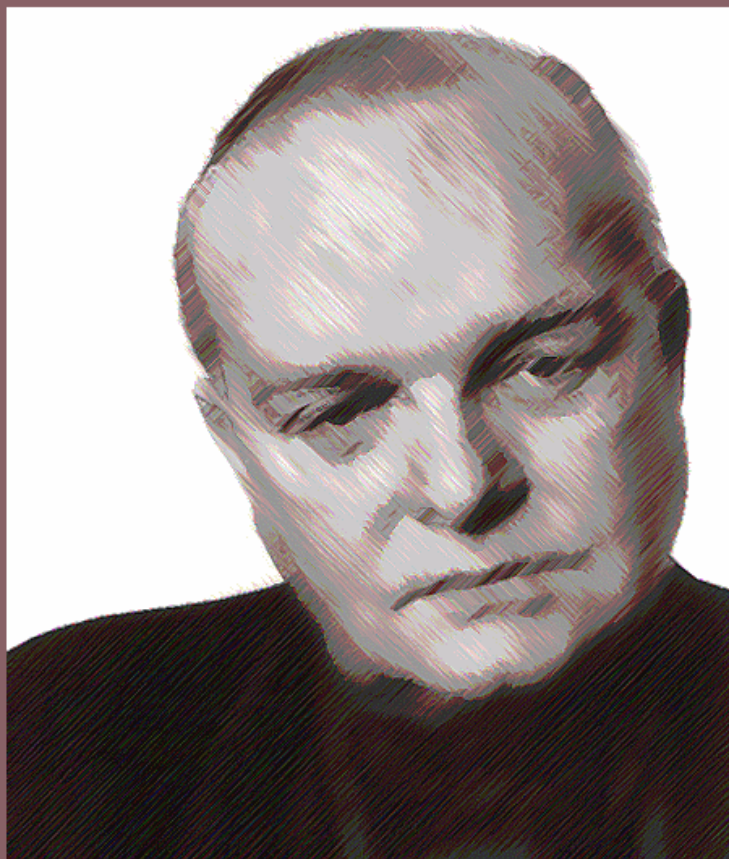


Truman Capote  
FÉRETROS TALLADOS A MANO

# FÉRETROS TALLADOS A MANO



# Truman Capote

**LIBRO** dot.com  
<http://www.librodot.com>

## Prólogo

Aquí y allá, en prólogos, prefacios, entrevistas o raptos confesionales, Truman Capote (estadounidense, 1924-1984) dejó bien en claro quién había sido desde pequeño, o al menos quién iba a ser para nosotros. Cada vez que viene al caso, es decir todo el tiempo, recuerda que su memoria comienza con una evidencia: él quería ser escritor. Mientras los demás se perdían en el duro oficio de la infancia, Capote afinaba los lápices y se proyectaba en una página. Tenaz desde muchacho, este entrenamiento calificado lo puso en la pista bien temprano. Antes de cumplir veinte años publicaba sus cuentos en las mejores páginas norteamericanas, y ya a los veinticuatro aparecía su primera novela, *Otras voces, otros ámbitos*, bien recibida por el público y la crítica, un juicio calificado que el tiempo habría de perpetuar. A partir de entonces, con la certeza de estar en el lugar y en el destino correctos, comenzaría una producción que, como él también nos dice, tendría altos y bajos. Sin embargo sería tan equilibrada en sus alternancias que los picos que periódicamente alcanzó su obra sepultan en la memoria cualquier desfallecimiento o mal paso, y uno termina que ambos, altos y bajos, son fundamentales en el proceso de depuración y expansión a nuevos terrenos que constituye la escritura de Capote. Baste hacer una enumeración elocuente en cuanto a páginas ejemplares: *Desayuno en Tiffany's*, *Un árbol de la noche*, *A sangre fría*, *Música para camaleones*, cuatro libros que son cuatro tonos distintos, pacientemente diferenciados y llevados a su culminación, cuatro mundos para cuatro escritores que confluyen solo en él. Esto, por un lado, habla de un dotado. Aunque en cierta forma eso es lo de menos. Lo que cuenta quizás es el peso de haber descubierto muy tempranamente su verdad, la de ser escritor, y que ésta se manifestara en la forma de la inquietud permanente, de una pregunta que apremia: ¿qué es ser un escritor? ¿De cuántas formas puede alcanzar la maestría en su oficio? ¿Cómo se define su estilo? Queda claro que no es una pregunta sino varias, y Truman Capote va a ir respondiendo a sus propios interrogantes con una escritura y un mundo narrativo que no paran de corregirse a sí mismos, buscando su lugar escalando cimas diversas y bajando de ellas abruptamente y volviendo a visitarlas con espíritu renovado y con una mirada impiadosa que extrae un aprendizaje y lo extiende a su próximo logro. Así desde *Otras voces, otros ámbitos* a *Música para camaleones* pasará del lirismo al despojamiento, de narradores que conceden y disfrutan la sensualidad a otros que hacen de la crudeza y la observación clínica una cuestión de principios literarios; de los paisajes sureños, con sus mitos decadentes y siempre un tanto hidalgos, al corazón de la locura norteamericana que se expurga en *A sangre fría*. Y sin duda *A sangre fría* es su monumento, una novela que divide sus aguas tanto en lo artístico como en lo personal, y que estrella su literatura contra la realidad. De ese encuentro, de ese matrimonio tormentoso entre la ficción y la no ficción, él tiene la licencia. Es absurdo discutir, como se hizo durante muchos años, la legitimidad ficcional de una novela basada puntillosamente en hechos reales y que relata paso a paso un crimen, sus antecedentes y consecuencias. No cabe duda que en el tema mismo Capote encontró un morbo seductor y un buen vehículo para retratar las debilidades monstruosas del patético sueño americano. Pero más cierto aún es que en ese pozo sin forma racional que uno sospecha es la mente de un asesino, había un abismo donde volcar al mismo tiempo los riesgos de la mirada psicológica (con sus excesos y tonterías) y poner en juego un estilo que debía narrar lo que parecía innarrable. Es decir, contar esa historia, escribir ese libro exigía un gusto especial por los emprendimientos temerarios y la sospecha de que para escribir la gran novela americana había que exponer la resistencia personal y olvidar todos los trucos aprendidos en años de escritura. Y él era la persona indicada para hacerlo.

Ese libro es su monumento por lo que es y por aquello que escribirlo le hizo aprender como escritor. Paradójicamente la salida airosa de esa pesadilla (airosa en lo literario, porque los efectos que tendría en su vida la convivencia de varios años con ese material y las largas visitas en la cárcel a los asesinos han sido más que complejos) lo dejó en un lugar privilegiado para fracasar en el futuro. Podría haber seguido usando una fórmula que se había inventado y con ella producir un par de novelas cómodas y exitosas. No fue el caso, y lo que siguió a esto

fue la búsqueda obsesiva de nuevas formas de maestría. Metódico y leal a sus propias conquistas, tras eso seguirá trabajando en esa zona donde se encuentran, para mezclarse sin confundirse, la ficción, la no ficción y los terrenos menos explorados de la escritura periodística. Dentro de esta línea, puede ubicarse "Féretros tallados a mano", una pieza magistral, también basada en un hecho real, que muestra una manera diametralmente opuesta de enfrentarse a una atroz historia criminal. Es cierto que la lectura de esta obra no nos muestra a todo Capote, que no es un compendio de los diversos registros que abordó y consumió, y que al publicar solo esta nouvelle por una limitación de espacio nos perdemos de disfrutarlo ejerciendo su genio en otros ámbitos literarios. Pero este texto tiene un punto a su favor que lo defiende y libera de todas las ausencias a que su presencia obliga: es una pequeña obra maestra de principio a fin.

Fernando Fagnani

## FÉRETROS TALLADOS A MANO

Narración verídica de un crimen americano

Marzo de 1975

Un pueblo en un pequeño Estado del oeste. Un centro para las numerosas granjas y establecimientos de cría de ganado que rodeaban a este pueblo con una población de menos de diez mil, con doce iglesias y dos restaurantes. El cine, aunque no ha dado ni una película en diez años, todavía sigue en pie, austero e inhospitalario en la calle principal. Una vez también hubo un hotel, pero ha sido cerrado, y hoy en día el único lugar donde puede alojarse un viajero es el motel Prairie. El motel es limpio y los cuartos bien calefaccionados; más no puede decirse. Un hombre llamado Jake Pepper vive en él desde hace casi cinco años. Tiene cincuenta ocho años, y es un viudo con cuatro hijos grandes. Es más bien bajo, de muy buena salud y parece tener quince años menos. Un rostro común pero agradable, ojos azules y una boca fina que se contorsiona en muecas que a veces son sonrisas, a veces no. El secreto de su aspecto juvenil no es su pulcritud o su delgadez, ni se debe tampoco a sus mejillas, sonrosadas como manzanas, ni a sus traviesas y misteriosas sonrisas, sino a su pelo, que lo hace tan joven: es de un rubio oscuro, lo lleva muy corto, y tan lleno de remolinos que no puede peinarlo; lo alisa y lo moja, simplemente.

Jake Pepper es un detective empleado por el Departamento de Investigaciones del Estado. Nos conocimos por un amigo mutuo, otro detective de un Estado diferente. En 1972 escribió una carta diciendo que estaba trabajando en un caso de asesinato, en algo que él pensaba que podía interesarme. Lo llamé por teléfono y hablamos durante tres horas. Yo estaba muy interesado en lo que tenía que decirme, pero se alarmó cuando sugerí que viajaría hasta allí para ver la situación personalmente. Dijo que podía ser prematuro y llegar a hacer peligrar su investigación, pero prometió mantenerme informado. Los tres años siguientes intercambiamos llamadas telefónicas de vez en cuando. El caso, que seguía líneas tan intrincadas como un laberinto de ratas, parecía haber llegado a un punto muerto. Finalmente le dije: "Déjeme que vaya a echar un vistazo".

Así fue que me encontré, una fría noche de marzo, sentado con Jake Pepper en su habitación del motel en los alrededores invernales y ventosos de ese pequeño pueblo desolado del oeste. En realidad, la habitación era agradable, cómoda. Después de todo, con ciertas interrupciones, había sido su hogar por cinco años, y había puesto estantes donde exhibía fotos de su familia, hijos y nietos, y en los que descansaban cientos de libros, muchos acerca de la Guerra Civil, y todos propios de un hombre inteligente; prefería a Dickens, Melville, Trollope, MarkTwain.

Jake estaba sentado en el piso, con las piernas cruzadas, con un vaso de bourbon al lado. Tenía un tablero de ajedrez por delante, y abstraídamente movía las piezas.

TC: Lo sorprendente es que nadie parece saber nada acerca de este caso. Casi no ha tenido publicidad.

JAKE: Hay razones.

TC: Nunca he logrado ordenarlo en una secuencia. Es como un rompecabezas al que le faltan las piezas.

JAKE: ¿Dónde empezamos?

TC: Desde el comienzo.

JAKE: Vaya al escritorio. Abra el cajón de abajo. ¿Ve esa cajita de cartón? Mire lo que hay adentro.

(Adentro de la caja encontré un féretro en miniatura. Era un objeto hermoso, tallado en madera de bálsamo. No estaba ornamentado, pero cuando se levantaba la tapa, se veía que el cajón estaba vacío. Contenía una foto, una instantánea casual y cándida de dos personas de edad mediana, un hombre y una mujer, que cruzaban la calle. No era una foto para la que hubieran posado; uno se daba cuenta de que ellos no sabían que se les había sacado una foto.) Ese pequeño féretro. Supongo que ése es el comienzo.

TC: ¿Y la foto?

JAKE: George Roberts y su esposa, Amelia.

TC: Los esposos Roberts. Por supuesto. Las primeras víctimas. ¿Él era abogado?

JAKE: Él era abogado, y una mañana (para ser precisos, el 10 de agosto de 1970), recibió un regalo por correo. El pequeño féretro. Con la foto adentro. Roberts era un tipo feliz y despreocupado. Enseñó el obsequio a algunas personas, como si fuera una broma. Un mes después, George y Amelia estaban muertos.

TC: ¿Cuándo entró usted en el caso?

JAKE: Inmediatamente. Una hora después que los mataron yo ya estaba en camino con otros dos agentes del Departamento. Cuando llegamos aquí los cadáveres seguían en el auto. Y las víboras también. Eso es algo que no olvidaré nunca. Nunca.

TC: Recuerde. Descríbalo exactamente.

JAKE: Los Roberts no tenían hijos. Ni enemigos, tampoco. Todos los querían. Amelia trabajaba para su marido. Era su secretaria. Tenían un solo auto, e iban juntos a la oficina. La mañana que sucedió hacía calor. Muchísimo calor. De modo que deben de haberse sorprendido cuando fueron a buscar el auto y vieron que las ventanillas estaban subidas. De todos modos, entraron en el auto por distintas puertas, y no bien estuvieron adentro, un montón de víboras de cascabel los picó. Inmediatamente. Encontramos nueve adentro de ese auto. A todas les habían inyectado anfetaminas. Estaban enloquecidas. Picaron a los Roberts en todas partes: en el cuello, en los brazos, orejas, mejillas, manos. Pobre gente. Tenían la cabeza inmensa, hinchada como un zapallo. Deben de haber muerto casi instantáneamente. Así espero. Es lo único que espero.

TC: Las víboras de cascabel no son tan comunes por aquí. No de ese tamaño. Deben de haberlas traído aquí.

JAKE: Así es. De un criadero de víboras en Nogales, Texas. Pero éste no es el momento de decirle cómo sé eso. (Afuera, la nieve cubría, como encaje, el suelo. Faltaba mucho para que llegara la primavera: un fuerte viento que hacía repiquetear la ventana anunciaba que el invierno seguía con nosotros. Pero el ruido del viento no era más que un murmullo en mi cabeza, bajo el sonido de las víboras de cascabel y de sus sibilantes lenguas. Vi el auto, oscuro bajo el sol ardiente, las enroscadas serpientes, las cabezas humanas que se volvían verdes, hinchándose de veneno. Me puse a escuchar el viento para que borrara la escena.)

JAKE: Por supuesto, no sabemos si los Baxter recibieron un féretro. Estoy seguro de que sí. No se adecuaría al rito, de lo contrario. Pero ellos nunca dijeron haberlo recibido, y nunca vimos rastros de él.

TC: Tal vez se perdió en el fuego. ¿No había otras personas con ellos, otra pareja?

JAKE: Los Hogan. De Tulsa. Eran amigos de los Baxter, y estaban de paso. El asesino no pensaba matarlos. Fue un accidente.

Lo que sucedió fue que los Baxter estaban haciendo una casa nueva, muy elegante, pero la única parte terminada era el subsuelo. El resto está en construcción. Roy Baxter era un hombre rico; podría haber alquilado este motel entero mientras le hacían la casa. Pero prefirió vivir en el subsuelo. La única entrada era por una puerta trampa. Era diciembre, tres meses después de los asesinatos de las víboras de cascabel. Lo único que sabemos con seguridad es

que los Baxter invitaron a esa pareja de Tulsa a que pasaran con ellos la noche en el subsuelo. Y en algún momento antes del amanecer se inició un tremendo incendio en ese subsuelo, y las cuatro personas murieron incineradas. Literalmente no quedaron más que cenizas.

TC: ¿No pudieron escapar por la puerta trampa?

JAKE: (haciendo una mueca y resoplando): Diablos, no. El incendiario, el asesino, la cerró con bloques de cemento. Ni King Kong podría haberlos sacado.

TC: Evidentemente, debe de haber alguna conexión entre el incendio y las víboras de cascabel.

JAKE: Es fácil decir eso ahora. Pero entonces, yo no hacía ninguna conexión. Había cinco tipos trabajando en el caso: sabíamos más de George y Amelia Roberts y de los Baxter y los Hogan que lo que ellos pudieron saber de sí mismos en vida. Apuesto a que George Roberts nunca se enteró de que su mujer tuvo un hijo a los quince años y lo dio para que lo adoptaran. Por supuesto, en un lugar como este, todos más o menos conocen a todos, por lo menos de vista. Pero no podíamos encontrar nada que relacionara a las víctimas. Ni motivos. No había ninguna razón, que pudiéramos encontrar, para matar a esas personas. (Estudió el tablero de ajedrez, encendió la pipa y tomó un sorbo de bourbon.) Todas las víctimas me eran desconocidas. Nunca oí hablar de ellas antes de que murieran, pero el siguiente era amigo mío. Clem Anderson. Noruego, de segunda generación; había heredado de su padre un establecimiento de campo en este lugar. Bastante extenso. Fuimos al colegio en la misma época, aunque él estaba unos años antes que yo. Se casó con una ex novia mía, una chica maravillosa, la única que he visto con ojos azul lavanda. Como amatistas. Algunas veces, cuando tomaba un trago, me ponía a hablar de Amy y sus ojos de amatista, pero a mi mujer no le causaba nada de gracia. De cualquier manera, Clem y Amy se casaron, se establecieron aquí y tuvieron siete hijos. Yo comí en la casa de ellos la noche antes que lo mataran, y Amy dijo entonces que lo único que lamentaba en la vida era no haber tenido más hijos.

Yo veía a Clem muy seguido, desde que vine a ocuparme del caso. Tenía una debilidad: bebía demasiado. Pero era astuto y me enseñó muchas cosas acerca del pueblo. Una noche me llamó aquí, a este motel. Sonaba raro. Dijo que debía verme en seguida. De modo que le dije, ven. Pensé que estaba borracho, pero no era eso. Estaba asustado. ¿Sabe por qué?

TC: Había recibido un regalo de Papá Noel.

JAKE: Ahá. Pero no sabía qué era. Lo que significaba. El féretro, y su posible conexión con los asesinatos de las víboras, no habían sido dados a publicidad. Lo manteníamos en secreto. Yo nunca había mencionado el asunto a Clem. De modo que cuando llegó a este mismo cuarto y me mostró un féretro que era la réplica exacta del que habían recibido los Roberts, me di cuenta de que mi amigo estaba en un gran peligro. Se lo habían mandado por correo en una caja envuelta en papel madera, con el nombre y dirección escritos de forma anónima. Con tinta negra.

TC: ¿Había una foto de él?

JAKE: Sí. Y la describiré cuidadosamente porque tiene mucho que ver con la manera en que murió Clem. En realidad, creo que el asesino intentaba hacer una pequeña broma, indicando sutilmente a Clem la forma en que iba a morir. En la foto, Clem está sentado en una especie de jeep. Un vehículo excéntrico, inventado por él. No tenía techo ni parabrisas, nada que protegiera al conductor. No era más que un motor con cuatro ruedas. Dijo que nunca había visto esa foto en su vida, que no tenía idea de quién la había tomado, ni cuándo. Yo tenía ante mí una decisión difícil. ¿Debería decirle la verdad, reconocer que la familia Roberts había recibido un féretro parecido antes de morir, y que los Baxter probablemente también? En cierta manera, sería mejor no informárselo: de esa forma, si lo vigilábamos bien, podía conducirnos al asesino, mucho mejor si no se daba cuenta del peligro en que estaba.

TC: Pero usted decidió decírselo.

JAKE: Sí. Porque con este segundo féretro, me di cuenta de que los asesinatos estaban relacionados. Y pensé que Clem podía conocer la respuesta. Debía conocerla. Pero, después que le expliqué el significado del féretro entró en shock. Tuve que abofetearlo. Y empezó a portarse como un chico. Se acostó en la cama, y empezó a llorar. "Alguien me matará. ¿Por

qué?" Yo le dije: "Nadie te matará. Te lo prometo. Pero piensa, Clem. ¿Qué tienes en común con estas personas que murieron? Debe de haber algo. Tal vez algo muy trivial".

Pero, lo único que podía decir era: "No lo sé, no lo sé". Lo obligué a beber hasta que estuvo tan borracho que se quedó dormido. Pasó la noche aquí. A la mañana estaba más tranquilo. Pero aún no se le ocurría qué podía relacionarlo con los crímenes, cómo encajaba él. Le dije que no discutiera lo del féretro con nadie, ni siquiera con su mujer, y que no se preocupara, pues había pedido la ayuda de dos agentes más para que lo cuidaran.

TC: ¿Cuánto pasó hasta que el fabricante de féretros cumplió su promesa?

JAKE: Oh, creo que debe de haber disfrutado mientras tanto. Jugaba como un pescador con una trucha atrapada en un acuario. El Departamento dio por terminada la tarea de los dos agentes, y finalmente hasta Clem empezó a despreocuparse. Pasaron seis meses. Amy llamó para invitarme a comer. Era una noche cálida de verano. El aire estaba lleno de luciérnagas. Los chicos las perseguían y las metían en frascos. Cuando partía, Clem me acompañó al auto. Hay un riacho junto al sendero donde lo había estacionado, y Clem dijo: "Con respecto a la conexión. El otro día se me ocurrió algo de repente. El río". Le pregunté qué río y él dijo ése, el riacho. "Es una historia un tanto complicada. Y probablemente tonta. Pero te la contaré la próxima vez que nos veamos." Por supuesto, no lo vi más. Por lo menos, vivo.

TC: Como si lo hubiera oído.

JAKE: ¿Quién?

TC: Papá Noel. Quiero decir. ¿No es raro que después de tantos meses Clem Anderson menciona el río, y al día siguiente, antes que pueda decirle por qué se acordó del río de repente, el asesino cumpla su promesa?

JAKE: ¿Qué tal su estómago?

TC: Muy bien.

JAKE: Le mostraré algunas fotos. Pero es mejor que se sirva un trago. Lo necesitará.

(Las fotos, en blanco y negro, en papel brillante, habían sido tomadas de noche, con flash. La primera era del jeep armado en casa de Clem Anderson en un estrecho camino de campo; estaba volcado sobre un costado, con los faros encendidos todavía. La segunda foto era un torso sin cabeza, tirado sobre el mismo camino: un hombre sin cabeza, con botas y jeans y una campera de piel de oveja. La última foto era de la cabeza de la víctima. No podían habérsela cortado más limpiamente ni con una guillotina, ni en manos de un cirujano maestro. Estaba sola, entre unas hojas, como si un bromista la hubiera arrojado allí. Los ojos de Clem Anderson estaban abiertos, pero no parecían muertos, simplemente serenos, y a excepción de una herida dentada en la frente, tenía la cara igualmente serena, tan ajena a la violencia como sus pálidos e inocentes ojos noruegos. Mientras examinaba las fotos, Jake, por sobre mi hombro, también las miraba.)

JAKE: Era alrededor del atardecer. Amy estaba esperando a Clem para la cena. Mandó a uno de los muchachos por el camino a su encuentro. Él lo halló.

Primero vio el auto volcado. Luego, a unos cien metros, el cuerpo. Corrió a su casa. y su madre me llamó. Yo me maldije todo el tiempo. Pero cuando llegamos al lugar, fue uno de mis agentes el que encontró la cabeza. Estaba bastante lejos del cuerpo. En realidad, yacía en el lugar donde golpeó contra el alambre.

TC: El alambre, claro. Nunca entendí bien lo del alambre. Es tan...

JAKE: ¿Ingenioso?

TC: Más que ingenioso. Absurdo.

JAKE: En absoluto absurdo. Nuestro amigo simplemente descubrió una buena manera de decapitar a Clem Anderson. De matarlo sin que existiera la posibilidad de testigos.

TC: Supongo que es el elemento matemático. Siempre me quedo perplejo ante algo en que interviene la matemática.

JAKE: Bueno, el caballero responsable de esto tiene ciertamente una mente matemática. Por lo menos tuvo que tomar medidas muy exactas.

TC: ¿Puso un alambre entre dos árboles?

JAKE: Entre un árbol y un poste de teléfono. Un fuerte alambre de acero, afilado como una navaja. Virtualmente invisible, hasta a pleno sol. Pero al atardecer, cuando Clem salió de

la carretera y entró en su ridículo autito por ese camino estrecho, no pudo haberlo visto, de ninguna manera. Lo agarró en el lugar preciso: justo debajo de la barbilla. Y, como vio, le cortó la cabeza tan fácilmente como se arranca una margarita.

TC: Tantas cosas podrían haber salido mal.

JAKE: ¿Qué habría importado? ¿Qué es un fracaso? Hubiera vuelto a intentarlo. Hasta que lo consiguiera.

TC: Eso es lo absurdo. Que siempre lo consiga.

JAKE: Sí y no. Pero luego volveremos a eso.

(Jake metió las fotos en un sobre manila. Chupó su pipa y se pasó los dedos por el pelo enmarañado. Guardó silencio, pues sentí que lo embargaba la tristeza. Finalmente le pregunté si estaba cansado, si prefería que me fuera. Dijo que no, que recién eran las nueve, y que nunca se acostaba antes de la medianoche.)

TC: ¿Está solo aquí, ahora?

JAKE: No. Dios mío, me volvería loco. Me turno con otros dos agentes. Pero sigo siendo el principal encargado de este caso.

Lo quiero así. He invertido mucho en esto. Y voy a agarrar a nuestro tipo, aunque sea lo último que haga. Cometerá un error. En realidad, ya ha cometido algunos. Si bien no puedo decir la forma en que mató al doctor Parsons sea uno de ellos.

TC: ¿Al forense?

JAKE: Al forense. El bajito y jorobado forense.

TC: Veamos. Al principio usted pensó que se trataba de un suicidio.

JAKE: Si usted hubiera conocido al doctor Parsons, también habría pensado que era un suicidio. Tenía mil razones para matarse. O para que lo mataran. Estaba casado con una mujer hermosa. y la hizo adicta a la morfina. De esa manera consiguió que se casara con él. Era un usurero. Y practicaba abortos. Por lo menos una docena de viejas chifladas le dejaron todo en su testamento. Un pillo de siete suelas, el tal doctor Parsons.

TC: ¿A usted no le gustaba?

JAKE: A nadie le gustaba. Pero lo que dije antes no es así. Dije que Parsons era un tío con mil razones para suicidarse. En realidad, no tenía ningún motivo. Dios estaba en paz con él, y el sol brillaba todo el tiempo en el mundo de Ed Parsons. Lo único que lo molestaba era la úlcera. Y una especie de indigestión permanente. Llevaba a todas partes unas botellas enormes de Maalox. Se tomaba dos por día.

TC: De cualquier modo, todos se sorprendieron al enterarse de que el doctor Parsons se había matado, ¿no?

JAKE: Bueno, no. Porque nadie pensó que se había suicidado. Por lo menos, al principio.

TC: Perdón, Jake. Estoy confundido otra vez. (A Jake se le había apagado la pipa; vació el tabaco en un cenicero y desenvolvió un cigarro, que no encendió. Lo usaba para morder, no para fumar. Como un perro con un hueso.)

TC: Para empezar, ¿cuánto tiempo transcurrió entre los entierros?, ¿entre el de Clem Anderson y el del doctor Parsons?

JAKE: Cuatro meses. Más o menos.

TC: Y Papá Noel, ¿envió un obsequio al doctor?

JAKE: Espere. Espere. Va demasiado rápido. El día que murió Parsons, bueno, pensamos que era una muerte natural. Su enfermera lo encontró tirado sobre el piso del consultorio. Alfred Skinner, otro médico de esta ciudad, dijo que probablemente había tenido un ataque al corazón. Se necesitaría una autopsia para corroborarlo.

Esa misma noche recibí una llamada de la enfermera de Parsons. Dijo que Mrs. Parsons quería hablar conmigo, y le contesté que muy bien, que iría a su casa en seguida. Mrs. Parsons me recibió en su dormitorio, lugar que, según creo, nunca abandona. Está confinada allí, supongo, por los placeres de la morfina. No es una inválida, de ninguna manera por lo menos no en el sentido que generalmente se le da a esa palabra. Es una mujer encantadora, de aspecto muy saludable. Con buen color en la cara, aunque con una piel tan lisa y pálida como de perla. Pero tiene los ojos demasiado brillantes, con las pupilas dilatadas.

Estaba en cama, recostada sobre una pila de almohadas con fundas de encaje. Me fijé en sus uñas, largas y cuidadosamente pintadas, y en sus manos, tan elegantes. Pero lo que tenía en las manos no era muy elegante.

TC: ¿Un obsequio?

JAKE: Exactamente, igual que los otros.

TC: ¿Qué le dijo?

JAKE: Dijo: "Creo que a mi marido lo asesinaron". Pero estaba muy serena; no parecía preocupada, ni en tensión.

TC: La morfina.

JAKE: Más que eso. Es una mujer que ya ha dejado la vida. Mira hacia atrás, por una puerta. Sin pesar.

TC: ¿Conocía el significado del féretro?

JAKE: No, en realidad, no. Y su marido tampoco. A pesar de ser el forense del condado, y en teoría parte de nuestro equipo, nunca le dijimos nada. No sabía nada de los féretros.

TC: ¿Cómo sospechaba, entonces, que su marido podía haber sido asesinado?

JAKE (mordiéndose el cigarro y frunciendo el entrecejo): Por el féretro. Dijo que su marido se lo había mostrado hacía unas semanas. No lo había tomado en serio; creía que era un gesto malévolo, algo que le había enviado algún enemigo. Pero ella dijo, ella dijo que no bien lo vio, con la foto de él adentro, sintió que una "sombra" se cernía sobre él. Aunque parezca extraño creo que lo amaba. Esa mujer hermosa. A ese jorobado hirsuto.

Me despedí y me llevé el féretro, diciéndole que era muy importante que no dijera nada a nadie. Después de eso, lo único que podíamos hacer era esperar el resultado de la autopsia, que fue: muerte por envenenamiento, probablemente administrado por él mismo.

TC: Pero usted sabía que era un asesinato.

JAKE: Yo sabía. Y Mrs. Parsons sabía. Pero todos los demás creían que se trataba de un suicidio. Muchos siguen creyéndolo.

TC: ¿Qué clase de veneno usó nuestro amigo?

JAKE: Nicotina líquida. Un veneno muy puro, rápido y poderoso, incoloro e inodoro. No sabemos exactamente cómo fue administrado, pero sospecho que lo mezclaron con un poco del Maalox que tanto amaba el médico. Un buen trago, y a la fosa.

TC: Nicotina líquida. No había oído hablar de eso.

JAKE: Bueno, no es tan conocido como el arsénico. Hablando de nuestro amigo, los otros días encontré algo escrito por Mark Twain, que me pareció muy apropiado. (Después de buscar entre los estantes, encontró el libro que buscaba. Jake caminó por el cuarto, leyendo en voz alta con una voz que no parecía la suya, una voz ronca, airada.) "De todas las criaturas, el hombre es la más detestable. De toda la especie es el único, absolutamente el único, en poseer malignidad. La más despreciable, la más aborrecible de todos los instintos, de todas las pasiones: es la única criatura que causa dolor para divertirse, sabiendo que es dolor. Además, en la lista, es la única criatura con una mente desagradable". (Jake cerró el libro de un golpe y lo tiró sobre la cama.) Detestable. Maligno. De mente desagradable. Sí, señor, la descripción exacta de Mr. Quinn. Aunque no completa. Mr Quinn posee otros talentos.

TC: Nunca había mencionado el nombre.

JAKE: Hace sólo seis meses que lo sé. Pero así se llama. Quinn.

(Una y otra vez Jake golpeaba el puño contra la mano ahuecada, como un prisionero furioso que hace demasiado que se siente frustrado, encerrado donde está. En realidad, hacía muchos años que estaba aprisionado en este caso: una gran furia, como el buen whisky, necesita una larga fermentación.)

JAKE: Robert Hawley Quinn. Un caballero muy apreciado.

TC: Pero un caballero que comete errores. De lo contrario no conocería su nombre. O, más bien, no sabría que se trataba de nuestro amigo.

JAKE: (Silencio; no me escucha.)

TC: ¿Fue por las víboras? Usted me dijo que provenían de un criadero de Texas. Si sabe eso, debe saber entonces quién las compró.

JAKE (ha desaparecido la ira. Bosteza): ¿Qué?



TC: A propósito, ¿por qué inyectaron anfetamina a las víboras?

JAKE: ¿Para qué cree usted? Para estimularlas. Para aumentar su ferocidad. Igual que arrojar un fósforo encendido en un tanque de nafta.

TC: No sé. Me pregunto cómo se las habrá arreglado para inyectarlas en el auto, sin que lo picaran a él.

JAKE: Le enseñaron cómo hacerlo.

TC: ¿Quién?

JAKE: La mujer que le vendió las víboras.

TC: ¿La mujer?

JAKE: La propietaria del criadero de Nogales es una mujer. ¿Le parece extraño? Mi hijo mayor se casó con una mujer que trabaja en el Departamento de Policía de Miami. Es un buzo de aguas profundas, profesional. El mejor mecánico de autos que conozco es una mujer...

(Nos interrumpió el teléfono. Jake miró su reloj de pulsera y sonrió. Su sonrisa, tan verdadera y tranquila, me hizo ver que no sólo sabía quién llamaba, sino que era una voz que esperaba oír.)

Hola. Addie. Sí, está aquí. Dice que en Nueva York es primavera; le dije que debería haberse quedado allí. No, nada. Tomando unos tragos y hablando ya sabes de qué. ¿Mañana es domingo? Creía que era jueves. Debo de estar perdiendo la cuenta. Seguro, con mucho gusto iremos a comer, Addie, no te aflijas por eso. Le gustará cualquier cosa que hagas. Eres la mejor cocinera de cualquiera de los dos lados de las Rocallosas, este u oeste. Así que no te preocupes. Sí, la tarta de pasas de uva, con manzanas. Cierra todas puertas con llave. Que duermas bien. Sí, sabes que sí. Buenas noches.

(Siguió sonriendo después de colgar. Por fin encendió un cigarro, y fumó con gusto. Indicando el teléfono, se rió entre dientes.)

Ése fue el error que cometió Mr. Quinn. Adelaide Mason, nos invitó a comer mañana.

TC: ¿Y quién es Mrs. Mason?

JAKE: Miss Mason. Una cocinera bárbara.

TC: Pero, ¿además de eso?

JAKE: Addie Mason era lo que yo estaba esperando. Alguien que me trajera suerte.

Sabe, el padre de mi mujer era un ministro metodista. Insistía en que toda la familia fuera a la iglesia. Yo me zafaba siempre que podía, y después que ella murió ya no fui más. Pero hace unos seis meses, el Departamento estuvo a punto de cerrar este caso. Habíamos gastado mucho tiempo y mucho dinero. Y no teníamos ningún resultado: no había caso. Ocho asesinatos, y ni una sola pista que relacionara a las víctimas o que produjera una sombra de motivación. Nada. Excepto esos tres féretros tallados a mano. Me dije: ¡No! ¡No! ¡No puede ser! Hay una mente detrás de todo esto. Empecé a ir a la iglesia. No hay otra cosa que hacer los domingos aquí, de todos modos. Ni siquiera un campo de golf. Y recé: "Por favor, Dios mío, no permitas que este hijo de perra se salga con la suya".

En la calle principal hay un café llamado Okay. Todos saben que allí pueden encontrarme todas las mañanas entre las ocho y las diez. Desayuno en el reservado del rincón, y me quedo leyendo los diarios y charlando con los comerciantes locales, que entran a tomar una taza de café. El Día de Acción de Gracias estaba desayunando, como siempre. Estaba solo, pues era feriado, y me sentía bastante deprimido. El Departamento estaba presionando para que cerrara el caso y me fuera. ¡Por Dios, no era porque no me alegrara de salir de este maldito pueblo! Nada hubiera querido más. Pero la idea de abandonar, de dejar que ese diablo bailara alrededor de las tumbas me enfermaba. Una vez, pensando en eso, vomité. De verdad.

Bueno, de repente Adelaide Mason entró en el café. Vino directamente a mi mesa. La había visto varias veces, pero nunca había hablado con ella, en realidad. Es maestra de escuela, de primer grado. Vive aquí con su hermana, Marylee, que es viuda. Addie Mason dijo: "Mr. Pepper, ¿no piensa pasar el Día de Acción de Gracias en el café Okay? Si no tiene otros planes, ¿por qué no come con nosotras? Con mi hermana y conmigo, nadie más". Addie no es una mujer nerviosa pero, a pesar de sus sonrisas y de su cordialidad, parecía, bueno, un tanto aturdida. Pensé: A lo mejor no considera propio que una mujer soltera invite a un hombre sin compromiso, que apenas conoce, a su casa. Pero antes de poder decir sí o no, ella

dijo: "Para decirle la verdad, Mr. Pepper, tengo un problema. Algo que quiero hablar con usted. Esto nos dará la oportunidad. ¿Le viene bien al mediodía?"

Nunca comí mejor; en lugar del tradicional pavo, sirvieron pichones con arroz de la India y un buen champagne. Durante la comida, Addie mantuvo la conversación de manera muy entretenida. No parecía nerviosa, pero su hermana, sí. Después de comer nos sentamos en la sala a tomar café y cognac. Addie se excusó, y al volver traía...

TC: ¿Me permite dos adivinanzas?

JAKE: Me lo entregó y me dijo: "De esto quería hablar con usted".

(Con sus delgados labios, Jake hizo un anillo de humo, luego otro. Hasta que suspiró, el único ruido en el cuarto era el del viento, que golpeaba la ventana.)

Usted tuvo un largo viaje. Tal vez deberíamos interrumpir ahora.

TC: ¿Quiere decir que me va a dejar colgado aquí?

JAKE: (Muy serio, pero con una de sus sonrisitas traviesamente ambiguas.) Sólo hasta mañana. Creo que debería oír la historia de Addie de ella misma. Venga. Lo acompañaré a su habitación.

(Extraño, pero el sueño me tumbó como si me hubieran golpeado con la cachiporra de un ladrón. Había tenido un largo viaje, problemas de sinusitis, estaba cansado. Pero a los pocos minutos me desperté, o, más bien, entré en una esfera entre el sueño y la vigilia, en que mi mente era un losange de cristal, un instrumento suspendido que reflejaba imágenes que giraban: la cabeza de un hombre entre las hojas, las ventanillas de un auto veteadas de veneno, ojos de serpientes que se deslizaban en medio de vapor de calor, fuego que brotaba de la tierra, puños quemados que llamaban con fuerza a la puerta de un sótano, un alambre tenso que resplandecía al atardecer, un torso en el camino, una cabeza entre hojas, fuego, fuego, fuego que fluía como un río, un río, un río. Entonces suena el teléfono.)

VOZ DE HOMBRE: ¿Qué pasa? ¿Va a dormir todo el día?

TC: (las cortinas están corridas, la habitación está a oscuras, no sé dónde estoy, quién soy) ¿Hola?

VOZ DE HOMBRE: Soy Jake Pepper. ¿Se acuerda? ¿Un mal tipo? ¿De ruines ojos azules?

TC: ¡Jake! ¿Qué hora es?

JAKE: Un poco más de las once. Addie Mason nos espera dentro de una hora. Vaya y dése una ducha. Y póngase algo abrigado. Afuera está nevando. Una nevada fuerte, de copos demasiado espesos para flotar. Caían y cubrían el suelo. Cuando salimos del motel en el auto de Jake, éste puso en funcionamiento los limpiaparabrisas. La calle principal estaba gris y blanca, y vacía, sin vida, excepto por un solitario semáforo que cambiaba de color. Todo estaba cerrado, hasta el café Okay. La lobreguez, el triste silencio de la nieve, nos influenció. Ninguno de los dos habló. Pero presentí que Jake estaba de buen humor, como si anticipara un acontecimiento agradable. Su cara saludable estaba brillante, y olía, demasiado, a loción para después de afeitarse. Aunque tenía el pelo enmarañado, como de costumbre, estaba vestido cuidadosamente, aunque como para ir a la iglesia. La corbata roja que llevaba era apropiada para una ocasión más festiva. ¿Un pretendiente camino a una cita? Anoche, al oírlo hablar con Miss Mason, se me había ocurrido esa posibilidad. Había cierto tono, cierto timbre, de intimidad. Pero al instante que vi a Adelaide Mason, borré ese pensamiento de mi mente. No importaba lo aburrido y solo que estuviera Jake; la mujer era, simplemente, demasiado fea. Esa fue, al menos mi impresión inicial. Era un poco más joven que su hermana, Marylee Connor, de cuarenta y tantos años, de rostro agradable, pero demasiado fuerte, masculino. El maquillaje sólo habría acentuado esa cualidad, pero, sabiamente, no se pintaba. La limpieza era su rasgo físico más atractivo: su corto pelo castaño, sus uñas, su piel; era como si se bañara con alguna lluvia especial de primavera. Ella y su hermana pertenecían a la cuarta generación de nativos del pueblo, y era maestra desde que terminó la universidad. Con su inteligencia, su carácter y refinamiento, era sorprendente que no hubiera buscado un auditorio más vasto para sus habilidades que un aula llena de niños de seis años. "No", me dijo, "soy muy feliz. Hago lo que me gusta, enseñar en primer grado. Me gusta estar allí, donde

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

